Máximo fijó su mirada en el rostro de Raoul, y prosiguió diciendo:

—No ignorais, señor conde, que el invernadero, poblado de vegetaciones tropicales, es tan fecundo en venenos sutiles como los laboratorios de los químicos.

—Nó—respondió el señor de Gordes cuyos músculos no se alteraron en lo mas mínimo,—no lo ignoro; pero ¿esto que importa?

—¡Se comete tan pronto un crímen cuando hay facilidad para cometerlo!

—¿Y á quién le podria ocurrir la idea de un crímen?—preguntó vivamente el conde.—Se asesina por ódio, por venganza, por interés.... ¿Donde podreis hallar aquí esos móviles?

—Pues bien, en lugar de un crímen improbable, supongamos una imprudencia.

—¿Qué imprudencia?

—¡Válgame Dios, la vuestra! No conozco ninguna mas grave.

—¿Qué hecho, pues?

—Habeis llevado al cuarto de una enferma, y extendido sobre su cama, un monton de flores cuyas venenosas emanaciones constituyen para ella un peligro grave.... Tal es la debilidad de la señora de Gordes, que estas emanaciones pueden matarla.

Mortal palidez se extendió por las descompuestas facciones de Raoul, que se puso á temblar como un azogado.

—¡Infeliz de mí!—balbuceó con apagada voz. —¿Habré sido yo el asesino de mi querida Juana? ¡Doctor, querido doctor! ¡qué desesperacion, gran Dios! ¡si no llegais á iluminarme, qué de remordimientos. Pero en cinco minutos no puede ser mucho el mal que le haya producido.... Venid conmigo doctor, os lo suplico. Haced comprender á la condesa que es preciso alejar esas funestas flores.... Bien lo veis, mi aturdimiento es atroz. Dado el desórden de mi cerebro, no sabria expresarme con claridad.... Venid doctor, venid pronto.

Raoul se dirigió á la alcoba.

Máximo le siguió diciendo por lo bajo:

—¿Podrá llegar á tal extremo la hipocresia? Nó, el conde no es culpable.... y sin embargo, á pesar mio, aun dudo.

XVI

Un espléndido dia de otoño sucedió á la larga noche cuyas peripecias hemos narrado; acababan de dar las dos y media.

La marquesa de la Tour du Roy, Raoul y el doctor se hallaban en el cuarto de Juana, á derecha é izquierda de su cama.

Genoveva, sentada en el dintel de la puerta del tocador, trabajaba en una costura. La fatiga de la pobre mujer era tal, por consecuencia de los reiterados insomnios que sufria, que sus ojos se cerraban á cada instante y se inclinaba su cabeza sobre el pecho; pero luchando con el sueño, acababa siempre por triunfar de él.

La condesita, en el último período de su debilidad, abandonaba una de sus manos á su marido, y otra á Lazarine, y con los párpados medio cerrados sonreía como un niño que vá á dormirse.

Una hora antes habia venido el cura de Gordes, escuchando la confesion de Juana; y profundamente conmovido por el corto y sencillo relato de esta existencia sin mancha, habia absuelto de sus faltas imaginarias á la dulce agonizante; habia aproximado á sus puros labios la hostia santa, y jamás el Dios vivo, el Dios de redencion habria bajado á un santuario tan digno de recibirle.

Entonces la señora de Gordes, incorporándose un poco y llamando á su marido con el gesto mas bien que con la palabra, murmuró á su oído estas edificantes palabras:

—Si te he ofendido, Raoul querido, perdóname; si te he afligido, perdóname. Si he hecho alguna cosa mal que haya podido perjudicarte, perdóname, perdóname.....

Raoul, oprimiendo á Juana en sus brazos y cubriendo sus cabellos de besos y lágrimas, se esforzó en responder, aunque sin poder pronunciar una palabra, pues le ahogaban los sollozos.

Juana balbuceó dejándose caer en la almohada:

—Qué disponga Dios de mí cuando quiera. Estoy pronta.

Renée entró en el cuarto.

—Doctor—dijo,—son mas de las dos. ¿Hay que traer á Juana su medicina?

—Iba á pedírsela á Genoveva si no hubiérais venido, señorita—replicó Máximo.—Dádsela, os lo ruego.

—¿Siempre la misma dósis?

—Siempre.

La jóven volvió al tocador, de donde acababa de salir.

El doctor dió algunos pasos para seguirla, pero se detuvo á mitad de su camino.

Al cabo de un rato reapareció Renée llevando un vaso lleno hasta la tercera parte de un líquido color de ópalo.

Dirigióse hácia la cama.

Máximo la detuvo.

—Perdon, señorita—dijo.—Os agradeceria mucho que esperáseis un momento.

—¿Por qué esperar?—dijo Renée.

En lugar de responder, Máximo llamó:

—¡Genoveva!

—Señor doctor—repuso la doncella abandonando su sitio.

—Tened la bondad de darme una cuchara.

—En seguida, señor doctor.

Renée frunció el ceño y repitió:

—¡Una cuchara! ¿Para qué vá á serviros?

—Para probar la medicina. Deseo asegurarme de que el amargor de que aún ayer se quejaba la señora de Gordes no existe hoy.

—Teneis razon, doctor; he aquí el vaso.

Máximo extendió la mano, pero el frágil recipiente de cristal, que ya tocaba, se escapó de las manos de Renée y se estrelló en el pavimento.

—¡Oh! ¡Doctor, no sois hábil!—dijo la jóven con ironia.

—Os pido mil perdones, señorita—murmuró Máximo con un tono lleno de humildad.

—A fé que la desgracia no es muy grande—repuso Renée.—La garrafa está aún llena hasta la tercera parte, y voy á buscar otro vaso.

—Sois infinitamente buena, señorita.

La pretendida *inutilidad* del doctor se repa-

ró pronto, y el vaso, sin accidente, pasó de la mano de Renée á la suya.

Genoveva habia traido una cuchara.

Máximo bebió algunas gotas del líquido.

—Creo—dijo—que esta vez la señora condesa no notará ningun gusto desagradable.

La condesita paladeó el contenido con visible satisfaccion.

—¿Y bien?—dijo el doctor.

—Es fresco, es bueno—dijo Juana.—Esto reanima.

Máximo se volvió bruscamente hácia la hija segunda de Julio Leroux.

—¿Qué es lo que teneis en la mano, señorita?—le preguntó.—¿Estais herida?

Una venda de tela fina cruzada dos veces rodeaba dos dedos de Renée.

—No es nada—respondió palideciendo y enrojeciendo á la vez.

—Por poco que sea, siempre es algo.

—Me he quemado.

—¿De qué manera?

—Esta mañana, al cerrar una carta para mi padre, dejé caer néciamente dos gotas de lacre en mis dedos.

—Las quemaduras de este género son malas—repuso Máximo.—Habeis debido sufrir.....

—Un poco, convengo en ello, pero por mi culpa. No tengo derecho á quejarme.

—¿Qué habeis hecho para aliviaros?

—Metí la mano en agua fria.

—Remedio insuficiente. Debíais haberme llamado. ¿Es muy fuerte la inflamacion?

—Creo que no.

—Veámoslo.

—¿Para qué?

—Os lo ruego.

—Sea, puesto que os empeñais; pero, os lo repito, no vale nada.

—Permitidme que en esta materia sea juez mas competente que vos.

La jóven hacia inútiles esfuerzos para sofocar la cólera que la ahogaba. No podia extinguir sino á medias los relámpagos que irradiaban sus ojos, los estremecimientos de su nariz y la vibracion de sus nérvios, tiritantes hasta romperse.

Desató, ó mejor dicho desgarró la venda que cubria su mano, y la tendió al médico.

Hacía ya un momento que Máximo habia adivinado lo que iba á ver; se hizo dueño de sí mismo, y nada, salva su palidez lívida, desapercibida por otra parte para los testigos de esta escena, acusó el terrible sacudimiento que le conmovia.

Las falanges inferiores de los dos dedos de Renée ofrecian vestigios irrecusables de quemaduras, pero de quemaduras de un género especial, y que se hubiera creído producidas por un cáustico de gran violencia.

Alrededor de las partes inflamadas de la epidérmis se veían manchas oscuras, parecidas á las que resultan de la aplicacion del nitrato de plata sobre la piel.

El exámen de Máximo se prolongaba demasiado en contra de los deseos de la jóven, que, incapaz de contenerse por mas tiempo, retiró violentamente su mano.

—¿Es muy peligroso lo que tengo, doctor?—dijo Renée con sorna.—¿Será tal vez preciso cortarme la mano para evitar las complicaciones, frase que está siempre en la boca de los médicos?

Máximo levantó la cabeza, miró fijamente á Renée, contestó con el tono mas natural del mundo:

—Teneis razon, señorita; no vale nada, aplicad sobre la quemadura un poco de algodon empapado en bálsamo con agua, y mañana no tendreis ya nada.

Al oír estas palabras tan sencillas, y pronunciadas con mayor sencillez aún, la jóven recobró el dominio sobre sí misma y su crispada fisonomia se serenó.

—Gracias, doctor—replicó,—el consejo es bueno y lo seguiré sin tardanza; ¿encontraré en la farmacia lo que necesito, verdad?

—Sí, señorita.

—Pues voy corriendo, porque realmente me duele.

Renée salió precipitadamente.

—¿Qué es lo que tiene mi querida hermana? —preguntó Lazarine.—Hace un momento que parecia hallarse fuera de sí; hasta hubiera apostado que tenia un ataque de nervios. ¿Es que suele ponerse así?

—¡Nunca!—dijo Raoul.—Preciso es que sufra hoy mucho.

—Se consume cuidándome dia y noche—murmuró la condesa de Gordes.

—La señorita Renée padece efectivamente de los nervios—dijo Máximo.—Y esto se explica fácilmente. Las quemaduras no tienen importancia, por mas que deben producir muchos dolores. Por lo demas, tranquilizaos, que no tendrá ningun mal resultado. He dicho y repito que mañana no tendrá nada.

Pasóse parte de la tarde.

Juana se durmió con un sueño profundo y tranquilo, que no disfrutaba hacia muchos dias, y que en nada se parecia á su pesada y calenturienta somnolencia habitual.

Lazarine se volvió al castillo de la Tour du Roy.

—Señor conde—dijo Máximo á Raoul,—necesito á Genoveva por una hora. No abandoneis este cuarto durante mi ausencia, os lo ruego.

—Tranquilizaos, doctor—repuso el señor de Gordes,—yo velaré muy cuidadosamente el sueño de mi querida enferma. ¿Mandais algo?

—Mis prescripciones serán negativas.... Si la condesa se despierta y pide de beber, no accedais á su deseo antes de mi regreso.... Es indispensable, entendedlo bien, *indispensable*, que ni una sola gota de líquido humedezca en este momento sus labios; quizá voy á cambiar todo el régimen de medicacion.

—Id, doctor, id sin temor.... Os obedeceré como el soldado obedece la consigna.

Máximo salió de la habitacion llevándose á Genoveva.

Condújola á su cuarto, y la dijo despues de dar dos vueltas á la llave para evitar la sorpresa:

—No os asombreis de mis preguntas, Genoveva.... No trateis de acertar su objeto.... Respondedme aunque no las comprendais.... ¿Lo hareis así?

—Así lo haré, señor Máximo—murmuró la doncella.

—¿Sabeis que existe un buzon para el servicio particular de los habitantes del castillo?—preguntó el doctor.

—Sí, señor Máximo; en una de las paredes

del vestíbulo.... Tiene la abertura parecida á la boca de un leon.

—¿Quién es el encargado de recoger las cartas diariamente?

—El primer ayuda de cámara, que tiene la llave, la abre cuando llega al castillo el cartero rural, y le dá las cartas al cambiar los periódicos y la correspondencia.

—A eso de las doce, ¿verdad?

—Entre doce y cuarto y doce y media.

—Genoveva, necesito saber si la señorita Renée ha escrito esta mañana una carta. Necesito saberlo en provecho de vuestra ama.

—Está bien, señor Máximo, lo sabreis.

—¡Sobre todo obrad con discrecion! Nadie debe sospechar que obrais en beneficio de la señora condesa y de mi órden.

—Nadie lo sospechará.

—¿Cuando me dareis la respuesta?

—Antes de esta tarde, os lo prometo. ¡Trátase del interés de mi señora, segun me habeis dicho, y los minutos valen por horas! Contad conmigo, señor Máximo; contad conmigo.

—Así lo espero.

Genoveva salió de la habitacion del jóven médico.

XVII

Cuando Máximo se quedó solo encendió una vela, tomó de su pupitre una barra de lacre, cuyo extremo aproximó á la vela, y con un valor estóico derramó en la palma de su mano izquierda dos ó tres gotas de lacre derretido, sin que la intensidad del dolor produjese la mas mínima contraccion en los músculos de su fisonomia.

Hubiérase dicho que era un cirujano operando sobre un cadáver.

Concluida tan extraña operacion, arrancó las gotas ya frias, y con ellas la epidérmis á que se habian adherido.

—Ya estaba cierto de antemano—murmuró, persuadiéndose al propio tiempo—de que ningun círculo rodeaba la carne despojada de su epidérmis por el contacto del líquido candente.

Las quemaduras no ofrecian relacion alguna con las que Renée atribuia á igual causa.